

LA EXPERIENCIA DE EVANGELIO FUNDAMENTO DE LA IGLESIA EVANGELIZADORA

Severiano Blanco cmf

La distinción que nosotros hacemos entre espiritualidad, comunión y misión tiene mucho de artificial. En el NT la Iglesia se hace mediante la experiencia del Dios salvador; esta experiencia crea comunión entre quienes tienen la misma suerte; y la experiencia vivida los impulsa a la misión. Y, nuevamente, la misión misma, y también la vida fraterna, es el lugar donde se experimenta la gracia de Dios (cf. Hch 11,23).

1. POR DELANTE EL MODELO DE JESÚS

Todo echó a andar mediante la actividad y palabra de un gran experimentado en Dios: Jesús de Nazaret. La fundación de la Iglesia no es un acto puntual, sino la totalidad de la actividad de Jesús. Él ha sido enviado a buscar las ovejas perdidas de Israel (Mt 10,6; 15,24), a restaurar el viejo pueblo de Dios según las promesas de Ezequiel 36 (os recogeré... y os traeré a vuestra tierra... con los que santificaré mi nombre). Esta preocupación de Jesús se encuentra detrás del Padre Nuestro: “Santificado sea tu nombre” (Mt 6,9) equivale a “reúne a tu pueblo disperso”.

Con esa inquietud Jesús realiza una gran convocación en medio de Israel, que en gran medida, no tiene éxito. Por ello el resultado no es la restauración de Israel, sino la aparición de la Iglesia como sector santo, como nuevo y verdadero Israel.

1.1. Jesús predica la “Buena Noticia”

Es el nombre que podemos dar aquí a “experiencia de Dios”. Jesús, en fuerte comunión con su Abbá, desde el cual él vive (Jn 6,38), inicia su ministerio con un grito de júbilo y entusiasmo: “dichosos los pobres” (Lc 6,20); es decir, Dios va a implantar su Reino ante todo entre vosotros, y pondrá fin a vuestro sufrimiento. Un mensaje prácticamente idéntico proclama en la sinagoga de Cafarnaún: “El Espíritu me ha ungido... para traer la buena noticia a los pobres, me ha enviado a anunciar la liberación a los cautivos, la recuperación de la vista a los ciegos, dejar a los oprimidos marchar en libertad, y proclamar el año de amnistía del Señor” (Lc 4, 18-ss).

Este encuentro con el Dios providente permite dejar fuera todo agobio (“no os angustiéis por... “ Mt 6,25.27.28.31.34); Jesús invita a que los angustiados se le acerquen y descansen (Mt 11, 28-30), conscientes de que el Padre se ocupa de cada uno de ellos (Lc 12, 6-ss); son el “pequeño rebaño” en quien el Padre se complace, los perdonados a quienes ha regalado su Reino (Lc 12, 32).

1.2. Jesús, manifestación del Dios generoso, rehace la unidad de su pueblo

En torno a Jesús se realiza algo sorprendente: el seguimiento, que es el suelo más profundo de la iglesia. En su palabra se deja oír la llamada paternal de Dios; en sus acciones se percibe la obra del Dios benévolo y providente; en sus milagros se contempla el poder de Dios utilizado en favor de sus hijos necesitados.

Por ello Jesús ejerce una atracción y fascinación para quienes sencillamente quieren percibirla. Algunos, llamados personalmente por él, dejan cuanto tienen y son para alistarse en su seguimiento y van a vivir “llenos de alegría por el hallazgo” (Mt13, 44) de algo más valioso que todos los tesoros o perlas.

Jesús no solamente anuncia la Buena Noticia, sino que la realiza. Los seguidores “ven” cómo acontece el Reino. A ellos se les invita a reconocer a Dios como Padre (“uno solo es vuestro Padre” Mt 23, 9), a invocarle con esa confianza (Mt 6, 9) y a palpar su bondad en el trato con Jesús y en la contemplación de su actuar.

Las curaciones de Jesús son el signo del actuar de Dios. El antiguo leproso (Mc 1, 45-ss) y la que sufría flujo continuo (Mc 5) son liberados de su impureza e integrados en la comunidad de Israel. El pecador Zaqueo y la mujer encorvada son liberados, cada uno de su carga, y declarados “hijos de Abrahán” (Lc 13,16; 19,9). En Jesús experimentan la salvación de Dios.

1.3. El seguimiento: motivación y vivencia

El séquito de Jesús es todo un signo: allí conviven el colaboracionista con Roma (Mc 2, 14), el revolucionario contra la dominación extranjera (Lc 6,15), las mujeres (Lc 8,1-3)... La experiencia de perdón hace experimentar simultáneamente a un Dios que destruye las barreras y reunifica a su pueblo.

El seguimiento es al mismo tiempo contemplación y expectativa. La figura de Jesús ocupa el centro de atención y afición (¿a quién iríamos? Tú tienes palabras de vida eterna, y nosotros hemos creído y sabemos que tu eres el santo de Dios” (Jn 6.66...); Dios es conocido y experimentado con calificativos nuevos; el nuevo eón está alboreando: las mieses amarillean y la higuera echa yemas, es tiempo de renovación total, de vino nuevo y odres nuevos (Mc 2, 21-ss).

El clima de la vida con Jesús es, como en su caso, de esperanza: “nadie que haya dejado por mí... dejará de recibir... en el venidero la vida eterna” (Mc 10, 29-ss). Es la mística que sostiene a quienes viven en compañía de quien no tiene dónde reclinar la cabeza (Lc 9, 58), la que lleva a Pedro a prometer -inconsciente de su fragilidad- ir con Jesús si es preciso hasta la muerte (Mc 14, 31). Son personas que se han vaciado de sí, de sus posibilidades personales, para embarcarse en lo de Yahvé, que ahora recibe la forma que le da el enviado definitivo, Jesús.

1.4. Y el gozo tiene que difundirse: ciudad sobre el monte

Los seguidores viven una espiritualidad apostólica y, al menos eventualmente, una actividad de difusión de su hallazgo. Su mismo género de vida es ya un reclamo: se han desentendido de muchas cosas porque han encontrado la que los llena. Su ruptura con familia, patria y propiedad es una predicación elocuente de los valores absolutos en que ahora creen. Su adhesión incondicional a Jesús los hace mensajeros de su mismo mensaje y persona. Y la extraña composición de su comunidad habla de la naturaleza del mundo futuro, en el que Dios, único Padre, reunirá a todos sus hijos por encima de diferencias y tensiones.

Pero, además, Jesús los enviará expresamente a predicar el Reino que viene. Y los enviará no sólo con palabras, sino con la confianza, la esperanza y la paz incorporadas a sus mismas personas. Por eso actuarán con urgencia, no llevarán armas defensivas, y prescindirán de las normales providencias humanas de alimento y vestido (Lc 9, 1-5).

2. LA IGLESIA NACE COMO EXPERIENCIA GOZOSA DEL DIOS QUE SALVA

Tras la catástrofe del Viernes Santo, lo de Jesús se pone de nuevo en marcha mediante la experiencia de Pedro: El Señor, vivo, le perdona, se le ofrece, rehace la comunión (1Cor 15,5; Jn 21, 15-19). Sobre esta experiencia, Pedro convoca a sus compañeros, que, tocados por el nuevo eón que está irrumpiendo, se encaminan a la ciudad santa para vivir allí la salvación de Dios, los acontecimientos finales de la historia. Es la comunidad del Resucitado y de su Padre, agraciada repetidas veces por la aparición del Señor y que espera la consumación de un momento a otro; va ganando nuevos adeptos para su causa: “eran unos ciento veinte” (Hch 1, 15).

2.1. En Jerusalén

El grupo vive desde el formidable impacto del poder de Dios que ha resucitado a Jesús, y en cuya adhesión se juega la salvación humana. Se entienden a sí mismos como la verdadera “qahal Yahweh”(“ekklesía” según el sector helenista): una asamblea cultural y santificada que espera ardientemente

la vuelta del Cristo glorioso (“Maraná thá”) de una manera más ostensible de como pueden gozarlo en las apariciones “corrientes”. Por ser nuevo pueblo de Dios, requiere la presencia de doce patriarcas (cf. Hech 1, 22: elección de Matías).

En vez de dicha vuelta de Cristo, tiene lugar la efusión de su Espíritu sobre los creyentes, seguramente en repetidas ocasiones (Hch 2, 4; 4,31) y de formas variadas. Hasta algunos parientes de Jesús, en otro tiempo incrédulos (Mc 3,20; Jn 7,5), serán agraciados con apariciones y con la efusión del Espíritu (1Cor 15,6; Hech 1,14; 2,1-4). Se crea una espiritualidad de la elección: son “los santos” (1Cor 16,1) o “los pobres” (Gal 1,10); espiritualidad que es cultivada en la comida eucarística (Hech2, 42c.46) y en los encuentros comunitarios de fraternidad (ib.), vividos con la alegría escatológica de quien pertenece al mundo nuevo (cf. Hch 2,46c: “gozo y simplicidad de corazón”).

Pero no se trata de una espiritualidad recoleta o puramente intimista, sino también y eminentemente fraternal y apostólica. El gesto de Bernabé, de entregar sus bienes a la comunidad (Hch 4,36),debió de ser seguido por bastantes. Y Pedro y Juan, a pesar de la persecución, no pueden menos de contar lo que han visto y oído (Hch 4,20). La persecución misma es vivida con el gozo y la mística de quien se identifica más profundamente con el Señor (Hch 5,41).

No todo fue camino de rosas. En la comunidad hay personas menos fieles (cf. Hch 5,1-11) y las diferencias entre grupos se hacen notar (Hch 6, 1-ss). Será la fuerza del Espíritu, buscada en la oración y el culto, la que permita sortear obstáculos.

2.2. En Antioquía

Es una comunidad fundada por judeocristianos helenistas expulsados de Jerusalén (Hch 11,19), que, indudablemente, llevaron consigo la experiencia religiosa de la comunidad madre. En ella actúa el Espíritu Santo suscitando profetas y maestros e impulsando a la comunidad hacia la misión (Hch 13, 1-ss). Esta intervención y fuerza del Espíritu se experimenta sobre todo en la celebración actual.

La ruptura de barreras, típica de Jesús, se va a manifestar en Antioquía de una manera llamativa, ya que es comunidad formada por judíos y paganos (Hch 11,20). A unos y otros llega el gozo de la salvación de Dios, tanto que pueden permitirse el lujo de comer juntos antiguos judíos y antiguos paganos (Gal 2, 11-ss). El autor de Hch habla de “la mano del Señor” y de la “gracia de Dios” /11,21.23) como algo especialmente patente en Antioquía. El rasgo saliente de la espiritualidad antioquena debe de ser la conciencia de la gratuidad de la salvación: los que estaban preparados y los que no lo estaban han sido acogidos por igual en la comunidad mesiánica. Pablo de Tarso, tras un contacto prolongado con esta comunidad, ha podido elaborar una sólida teología de la “sola gratia”.

3. EXPERIENCIA DE DIOS EN LAS IGLESIAS PAULINAS

Nota previa: por iglesias paulinas entendemos las fundadas por Pablo y sus colaboradores en Asia Menor y Grecia tras el incidente de Antioquía. Normalmente tienen su origen o punto de partida en la sinagoga, pero pronto se ven obligadas a emprender vida independiente (cf. Hch 19,9).

En ellas habrá una nueva experiencia de fe (para algunos miembros mero añadido a la fe judía) y una nueva fraternidad. Y Pablo las funda en las grandes metrópolis, desde donde el evangelio se extenderá posteriormente a las aldeas; la perspectiva misionera está presente desde el principio. Estas iglesias son el sector de la iglesia naciente que mejor o más directamente conocemos, el único sobre el que tenemos información directa.

3.1. Tesalónica, o la espiritualidad de la elección

La más antigua carta paulina, 1Tes, se inicia con una acción de gracias por la elección (1,4), mediante la cual los miembros de la comunidad pueden con todo derecho llamarse “amados de Dios” (ib.), y la iglesia de Tesalónica como tal es la (que está) “en Dios Padre y en el Señor Jesucristo”. Por ser los elegidos, los

tesalonicenses están “destinados para obtener la salvación por medio de nuestro Señor Jesucristo” (5,9), de modo que se encuentran seguros y tranquilos ante la vuelta del Señor, pues, aunque viene como ladrón en la noche, ellos son “hijos de la luz y del día” (5,5).

La elección les ha llegado por medio de la Palabra, que es en ellos el gran instrumento de crecimiento evangélico: “es en verdad Palabra de Dios y os sigue trabajando a vosotros, los creyentes” (2,13). Y, junto con la Palabra, Dios les ha dado su Espíritu Santo (4,8) que es el principio de la nueva vida moral.

La elección, con el don de la Palabra y del Espíritu, ha puesto a los fieles en inmediata relación con Dios, que es para ellos un maestro directo: “no es necesario que os escriba, pues vosotros mismos sois enseñados por Dios (theodíaktoi)” (4,9).

La manifestación de la vida teologal se concretiza en las virtudes de fe, caridad y esperanza(1,3; 5,8), mediante las cuales el creyente vive en una sólida vinculación con Dios Padre y con Cristo y en la ineludible encarnación en la comunidad de hermanos (4,10).

La vinculación con Cristo es tan fuerte que el cristiano todo lo realiza “en Cristo”; incluso su morir en un morir “en Cristo” (4,16); y su esperanza para después de la muerte es “reunirse con Jesús” (4,14) y “estar siempre con el Señor” (4,17). Por ello la vida cristiana es una vida “consolada” y los creyentes están llamados a contagiarse consuelo (4,18; 5,11: “parakaleíte allélous”).

Esta solidez de vida cristiana no puede sino ser difusiva. La comunidad de Tesalónica es misionera: “partiendo de vosotros ha resonado la Palabra del Señor no sólo en Macedonia y en Acaya, sino que en todo lugar se ha difundido vuestra fe en Dios” (1,8).

3.2. Galacia, o los hijos adoptivos de Dios

La carta a los gálatas, como es bien conocido, no se caracteriza por un tono cariñoso del remitente para con los destinatarios. La tensión es fuerte; Pablo sabe que han llegado a considerarle un “enemigo” (Gal 4,6). Pero esa situación coyuntural no lleva a negar u omitir los títulos teológicos-espirituales de la comunidad.

En su opción de fe de los gálatas se adhirieron a la persona de Cristo, y en el bautismo se hicieron una misma cosa con él. Y, puesto que él es el Hijo, los que están en él son los hijos: “todos vosotros sois hijos de Dios por medio de la fe en Cristo Jesús” (3,26); en efecto, el bautismo es un auténtico “sumergirse” en Cristo, “revestirse de él” (3,27), de modo que cada creyente debe ser capaz de hacer una confesión como la de Pablo mismo: “ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí” (2,20), o bien “llevo en mi cuerpo las señales de Jesús” (6,17). Naturalmente esto no es un logro pleno desde la primera decisión de fe; se da un crecimiento, y, a veces, pueden experimentarse también retrocesos: “Hijos míos, por quienes sufro de nuevo dolores de parto hasta ver a Cristo formado en vosotros” (Gal 4,19).

La filiación divina adoptiva es el regalo que el Padre ha puesto al alcance de todos al enviar a su Hijo a este mundo (4,4): Quien se deja revestir de él entra en un nuevo género de existencia, caracterizado por el despojamiento de cuanto le alejaba de los demás (raza, sexo, condición social: 3,28) y, sobre todo, por la liberación de la condición de esclavo frente a Dios: “ya no eres esclavo, sino hijo” (4,7).

Los hijos en el Hijo son depositarios de su Espíritu, que va produciendo en ellos su fruto: “amor, alegría, paz, magnanimidad, afabilidad, benignidad, fidelidad, mansedumbre, autodominio” (5,22-ss). El Espíritu es el nuevo principio de vida de los configurados con Jesús, los crucificados con él (5,24-ss). Porque su Espíritu está en ellos, son capaces de realizar prodigios (3,5).

Pero, sobre todo, la posesión del Espíritu de hijos les da confianza ante el Padre, al que invocan con el cariñoso título de Abba (4,6; cf. Rom 8,15). O, mejor dicho, no lo invocan ellos, sino el Espíritu desde dentro de ellos. La intimidad de los hijos con el Padre la expresa Pablo mediante el verbo, bíblicamente muy significativo, “conocer”: “ahora que habéis conocido a Dios, o, mejor dicho, habéis sido conocidos por él...” (4,9).

3.3. Corinto, o la espiritualidad cultural y carismática

3.3.1. De ninguna otra comunidad paulina tenemos tantos datos culturales como de Corinto. Quizá fue la pujante vida litúrgica de estos files la que llevó a Pablo a concebir la comunidad como un templo: “¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros?” (1Cor 3,16); “¿No sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo que habita en vosotros?” (1Cor 6,19); “nosotros somos templo del Dios vivo” (2cor 6,16).

En relación con la asamblea litúrgica, Pablo da a los corintios numerosas instrucciones: no deben celebrarlas divididos (1Cor 11,18-22), en ella debe guardarse un orden (1Cor 14,33), los carismas deben usarse para edificación (14,26), las mujeres pueden dirigir la asamblea (14,36), pero sin renunciar a las convencionales normas de pudor (11,5); la asamblea dominical es también el momento de hacer las colectas (16,1-ss).

3.3.2. Bautismo y Eucaristía: hacerse parte del Señor.

Frente a quienes querían vivir para sus admirados líderes, Pablo recuerda que sólo Cristo fue crucificado por ellos y sólo en su nombre fueron bautizados (1Cor 1,13). Y el bautizado se transformó en Cristo, se introdujo en su cuerpo ¡glorioso! (12,13), se unió a él haciéndose un solo espíritu con él (6,17), el cuerpo de cada uno es miembro de Cristo, con el que no está permitido cometer sacrilegios (6,15). Por eso pecar contra el hermano es pecar contra Cristo (8,12).

El pan y el cáliz eucarísticos son el medio por el que el creyente entra en comunión con el cuerpo de Cristo, que es uno sólo; por tanto, ya que todos los creyentes comulgan en el mismo pan y en el mismo cáliz, constituyen un único cuerpo (10,17), es decir, quedan transformados por el sacramento, lo mismo que el antiguo Israel se santifica participando en sus sacrificios (10,18). La transformación tiende a una identificación tan profunda entre el creyente y su Señor glorioso que las debilidades, enfermedades y defunciones en la comunidad son un elemento extraño y contradictorio(11,30).

3.3.3. Carismas al servicio de la comunidad.

La energía del Señor recorre el ser de los suyos, de los miembros de su cuerpo; cada uno debe estar plétórico de vida, una vida que compartirá con los otros. En la teología sacramental y eclesiológica de 1Cor lo evidente es la unidad entre todos los miembros de la iglesia; en cambio la pluralidad necesita ser explicada o justificada.

La vitalidad de cada miembro se manifiesta en diversos carismas, servicios y capacidades (12,4-6), producidos por el Padre, el Señor y el Espíritu; particularmente a éste último se le atribuyen esas manifestaciones de su poder en cada creyente: “todo esto lo realiza el único y mismo Espíritu, que lo distribuye en particular a cada uno como él quiere” (12,11).

Pero lo que se da a cada uno enriquece al conjunto, lo mismo que en el cuerpo humano la enfermedad o salud de un miembro es sufrida o gozada por el conjunto del organismo (12,26). La asamblea litúrgica de la comunidad es rica porque cada uno da en ella lo que tiene: un salmo, una enseñanza, una revelación, el don de lenguas o de interpretarlas (14,26); pero sobre todo la comunidad tiene vitalidad cuando tiene profetas -y profetisas- que la edifican (14,4-ss). Esta distribución de dones y su puesta al servicio del grupo es lo que hace que en Corinto se viva una auténtica espiritualidad eclesial.

Este cúmulo de dones del Espíritu no funciona exento de riesgos. Los corintios pueden sentir la tentación de utilizar sus dones en lucimiento propio, de presumir de sabiduría despreciando a los supuestamente necios o rudos (1,21-ss), de adulez o espiritualización despreciando a los supuestamente niños o carnales(3,1-3), de conocimiento superior despreciando a los que, al parecer, no lo tienen (8,11), o de un exótico e ininteligible don de lenguas que puede incluso privar a la asamblea de la imprescindible imagen de sensatez para ejercer una atracción misionera (14,23).

Por eso los diversos dones tienen que estar saludablemente ensamblados por el supercarisma que es la caridad y el olvido de uno mismo. Y, en términos muy realistas, Pablo pone en guardia al peligro de la autobúqueda, autoafirmación, valiéndose de lo que no pertenece a uno mismo sino a la comunidad.

3.4. Filipos, o la espiritualidad de la misión y de la configuración con Cristo

Junto con Tesalónica, Filipos es comunidad predilecta para Pablo. Si a los tesalonicenses les llamaba “mi gozo y mi corona” o “mi gloria y mi gozo” (1Tes 2,19-ss), de los filipenses espera que serán “su motivo de gloria en el día de Cristo” (Flp 2,16), y les jura “el cariño que les tiene en las entrañas de Cristo” (1,8). Con ellos tiene tal confianza que son la única comunidad de la que recibe ayuda económica (Flp 4,15; cf. 2Cor 11,9).

No podemos saber con certeza la causa de esta distinción; pero no estaría desencaminada la hipótesis-intuición de que se deba al espíritu misionero de los filipenses. En este sentido, viven en una especial sintonía con su apóstol fundador; ya en la primera estación misionera después de Filipos -Tesalónica-, los filipenses siguieron a Pablo con su apoyo económico -y posiblemente más que económico-; él da gracias al Padre por el espíritu misionero de la comunidad, por su “comunidad en la tarea evangelizadora desde el primer día hasta ahora” (Flp 1,5). En efecto, también a Efeso, desde donde Pablo les escribe, le han enviado ayuda económica y humana -Epafrodito- para que pueda llevar adelante su tarea incluso en la cárcel (allí ganará a Onésimo para la fe).

Debido a este espíritu misionero, Pablo puede explayarse con los filipenses, desahogando ante ellos sus inquietudes y transparentándoles su vivencia vocacional: está gozoso porque Cristo es anunciado abundantemente (1,18), porque sus cadenas son un testimonio permanente (1,13), y porque los predicadores se han multiplicado (1,14). El amor a su vocación llega al punto de que pone su utilidad misionera a la iglesia por encima de la ventaja personal que sería para él morir y estar plenamente con Cristo (1,22-ss).

Junto con la preocupación misionera, Pablo les habla confidencialmente acerca de la unión con Cristo en términos sin duda inteligibles para los filipenses. La muerte es deseable porque lleva a una unión más íntima con Cristo; aunque la iglesia peregrina necesita... En este peregrinar, la unión con Cristo consiste en llevar una vida digna de su evangelio (1,27) y en tener sus mismos sentimientos (2,5). La vida cristiana es una carrera -cuyo impulso inicial es obra de Cristo mismo en el creyente- hacia la identificación con su vida de resurrección pasando por sus padecimientos (3,10). Las raíces griegas “morphé” y “skhéma”, con sus variaciones “symmorphos”, “symmorphizo” y “metaskhematizo” (configurar, transformar, etc.) son muy características de la carta a los filipenses.

Y la esperanza última es la transformación por Cristo de la humilde condición humana del cristiano “conformándolo con su cuerpo glorioso, según el poder que tiene de someter a sí mismo todas las cosas” (3,21). Ese futuro no es una quimera, sino algo muy real y muy cercano, ya parcialmente saboreado en el tiempo presente; por eso los creyentes tienen motivo para vivir en permanente alegría (4,4.).

3.5. Filemón, o cuando el amor cristiano hace estallar los modelos sociales

La carta a Filemón es el escrito paulino más breve que poseemos; quizá también uno de los más tardíos, y el único que -al menos parcialmente- va dirigido a una persona individual y no a una comunidad. Tiene tema único: el esclavo Onésimo, huído de la casa de su amo Filemón (Flm 15), tal vez después de haberle perjudicado gravemente (18), vuelve a casa no ya como esclavo, sino como “hermano querido” (16).

En este brevísimo escrito aparece dos veces la palabra “entrañas” (gr. splánkhna). De Filemón se puede esperar mucho, pues “ha consolado las entrañas de los santos” (7). La relación entre Onésimo y Pablo es tan cordial, que éste le llama a aquel “mis entrañas” (12).

Ciertamente no encontramos en Flm, ni en ningún otro escrito paulino, un programa de reforma social a gran escala en orden a hacer desaparecer el hecho vergonzante de la esclavitud. Ante la perspectiva de la parusía cercana no queda espacio para tal planificación. Pero, en el caso que nos ocupa, la situación ha dado un viraje radical: Filemón y Onésimo -éste ya cristiano por obra del prisionero Pablo- celebrarán juntos la eucaristía y se darán el abrazo de paz, pues son hermanos queridos. Por el contrario Filemón, auténtico señor según este mundo, está llamado a hacerse siervo de Pablo (13), su hermano en la fe. No es extraño este pensamiento de Pablo, que decía a los corintios que “siendo absolutamente libre, me he hecho esclavo de

todos" (1Cor 9,19), y exhortaba a los gálatas con estas palabras: "sed esclavos unos de otros por medio del amor" (Gal 5,12).

El nuevo mundo ha irrumpido en la iglesia, y las viejas categorías de esclavo y libre ya no se adecuan a la nueva situación.

3.6. Roma, o el Reino de Dios en forma de gozo en el Espíritu Santo

3.6.1. La carta a los romanos es, muy probablemente, el último escrito paulino, su "testamento espiritual" (G.Bornkamm). Por este motivo, y por el desconocimiento entre remitente y destinatarios, tiene un carácter sistemático, de modo que en él se repiten, o al menos resuenan, la mayor parte de los temas tratados en las cartas precedentes. Para no repetir, nos ceñiremos a lo más característico.

En Rm las expresiones de Pablo referentes a la vida cristiana no tienen, probablemente, el carácter descriptivo con que podía hablar de "sus" comunidades. Encontraremos más bien una serie de "desiderata" (que no hay por qué excluir a priori que ya se están viendo).

3.6.2. La gran afirmación de Rm es el milagro de la misericordia que ha convertido en justos y amados de Dios a todos los que, por su inexcusable vida de pecado (Rm 1,20; 2,1; 3,23), eran enemigos, pero ahora han creído y aceptado la justicia que Dios ofrece por la fe en Cristo Jesús. El cristiano es ante todo un perdonado y rescatado. Goza de paz con Dios (5,1), de esperanza en medio de las tribulaciones (5, 3.10), de la nueva vida que ha recibido en el bautismo (6,4), de libertad interior en relación con la ley y con la fuerza del pecado (7,6).

3.6.3. El gran artífice de la nueva vida es el Espíritu. El Padre lo ha regalado a los que creen en Jesús. Ese Espíritu que da vida (8,2) es ahora el gran protagonista de la vida espiritual y moral del cristiano (8,4: "lo que era imposible a la ley... se realiza plenamente ahora entre nosotros, los que no vivimos ya según la carne, sino según el Espíritu" (8,3-ss).

El mismo Espíritu Santo va trabajando interiormente al creyente, haciéndole ya participe de la vida del Resucitado y garantizándole su propia resurrección (8,11); desde esta perspectiva, le permite vivir con sentido las tribulaciones del tiempo presente (8,18), con firme esperanza en la redención total, que no es una utopía, sino la consecuencia normal de poseer ya el Espíritu, es decir, "las arras" (8,23).

Esta posesión, siquiera provisoria, del mundo futuro anticipa el gozo de aquel y obliga a relativizar muchas cosas, pues "a los que aman a Dios todo les sirve para el bien" (8,28). El cristiano tiene la paz de quien no se siente en absoluto amenazado (8,1). Esa relativización llega también a usos y costumbres que en otro tiempo tuvieron valor moral, por ejemplo la distinción entre los alimentos puros e impuros. Lo distintivo del creyente es su nueva mentalidad (12,2), que le lleva a ceñirse al único mandamiento (13,8), dejándose revestir del Señor Jesús (13,14). Todo lo que pasa de ahí es preocupación vana, pues "el Reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo" (14,17).

Naturalmente, como en todo lo cristiano, estas actitudes no se quedan inoperantes, sino que se deben hacer palpables en la vida cotidiana: desaparecen las discusiones por motivos insustanciales (14,3), se comparten los dolores y los gozos de los hermanos (12,15), y se persigue "cuanto favorece la paz y construye la auténtica vida común" (14,19).

3.7. Efeso: el gozo actual de la salvación es compañero de camino hacia la caridad plena

Las cartas a los efesios y colosenses son de escuela paulina, originadas muy probablemente en Efeso o alrededores y a una cierta distancia temporal de la actividad del apóstol. En ellas se vislumbra un grupo cristiano que vive "la escatología realizada". La perspectiva de futuro ha desaparecido casi por completo. En el culto y en la vida nos ha convivificado con Cristo... nos ha corresponsabilizado y coentronizado en los cielos en Cristo Jesús" (Ef 2,5-ss).

Pero este disfrute actual de la salvación no lleva a un quietismo contraproducente: el cristiano es llamado a seguir creciendo “hacia la medida de la plenitud de Cristo” (4,13), a “hacer crecer todo hacia él, que es la cabeza” (4,15). El gozo de lo recibido no hace cerrar los ojos a la posible actividad del “hombre viejo”, es preciso “revestirse del nuevo, creado según Dios en justicia y santidad verdadera” (4,24).

Se requiere una particular atención a cuantas actitudes pudieran ir contra el gran principio comunitario de “un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo” (4,5). La diversidad de dones no debe llevar a la división, sino “a la edificación del cuerpo de Cristo” (4,12).

El creyente vive, por tanto, en una especie de paradoja permanente: ya salvado, pero expuesto a fuerzas de no salvación. Le toca estar atento a no ser una contradicción viviente estableciendo con su comportamiento una dicotomía entre su ser ontológico y sus manifestaciones morales.

CONCLUSIÓN

Cada carta de Pablo responde a una circunstancia distinta, y por ello comporta distintos acentos; pero no se puede establecer una separación nítida de conceptos entre escrito y escrito. Las expresiones se superponen, se reafirman, se renuevan en forma de “variaciones sobre el tema”, y se acomodan a cada situación. Cada escrito tiene temática dominante, pero nunca exclusiva.

En los escritos paulinos no hay posible separación entre teología y espiritualidad. El cristiano tiene que conocer (teología) lo que sucede en él y convertirlo en actitudes y en acciones experiencia vivida. La conceptualización de la acción divina ayuda a gozarla y a vivirla, y, a la inversa, esa experiencia religiosa da forma a la teología: conocemos a Dios por lo que hace. Pablo es un gran experimentado en Dios; y desde su experiencia y la de sus comunidades consigue elaborar un monumento de Teología espiritual.

El cristiano es primeramente un agraciado: abre el corazón para recibir la acción de Dios; es un elegido, un adoptado como hijo, un disfrutador del nuevo mundo que ha irrumpido en medio del antiguo, y un “comunicador” de su propia riqueza con los hermanos en la fe.

El cristiano es un santificado por el Espíritu que le habita, pero sigue perteneciendo parcialmente a este mundo. Su agradecimiento por la “revivificación” consiste en secundarla en la vida cotidiana: “si vivimos por el Espíritu, obremos también según el Espíritu” (Gal 5,25). El despojamiento del hombre viejo y el revestimiento del nuevo es suceso pasado y es tarea siempre inacabada.